

CAPITULO II

Héroes ante-históricos.

Así como en el hombre á la edad de la razón precede la de las ilusiones, del mismo modo á la historia de todos los pueblos preceden aquellos tiempos que llamamos *heróicos*. El hombre en esta época se halla todavía en inmediata relacion con la divinidad; la mitología y las creencias religiosas forman parte de los sucesos; y en vez de la existencia histórica y del desarrollo de los pueblos, no aparecen más que las acciones de algunos grandes. Estos tiempos, aunque fabulosos, merecen estudiarse, porque entre aquellos portentos transpira y se manifiesta la indole futura del pueblo.

Totalmente tenebrosos son aquellos siglos entre los pueblos antiquísimos y diseminados; y el encontrar alguna luz sobre ellos es muy difícil, porque cada una de las emigraciones que se sucedían llevaba tradiciones que se mezclaban hasta el punto de imposibilitar su comprobación, cuya confusión aparece extrema en la mitología romana, aun cuando tan sólo se la compare con la griega.

Tales hechos carecen siempre de cronología y geografía; es decir, que están desprovistos de fundamentos históricos. Algunos críticos se han obstinado en señalar épocas, á lo ménos aproximadas, á aquellos acontecimientos, á aquellos nombres, ó computando las generaciones, ó estudiando los monumentos, ó por lo ménos ordenándolos segun la prioridad; pero por más ingeniosos que hayan sido sus cálculos, no bastan á satisfacer á la razón, dispuesta más bien á ver en cada uno de aquellos héroes simbolizada una edad ó un grado de la civilización. Ni se deben excluir totalmente de la historia tales personajes porque se hallen revestidos de un carácter poético. Sus sandalias hollaron la tierra, y á medida que el tiempo borraba sus huellas, la poesía aumentó su estatura y ensanchó su máscara hasta abarcar una época entera.

La actividad humana, todavía en la infancia del desarrollo intelectual, ejercitaba la imaginación sin el freno que le impone el exámen científico de los objetos; y abierta únicamente á las impresiones exteriores, se abandonaba á ellas, y de ellas recibía el gérmen de las crea-

ciones de que era capaz en aquel período incipiente de la evolución intelectual.

No conociéndose las causas naturales de los fenómenos exteriores y de sus efectos, lo que no se podía comprender se atribuía á un poder superior al hombre. En los grandes fenómenos físicos, aún en los más insignificantes, buenos ó malos, reconocíase la intervención continua y directa de poderes superiores, y una lucha entre los géniós del bien y del mal. De aquí la mezcla de los dioses con los hombres, de donde nacieron los héroes, bien por natural procreación, bien por emanación ó comercio directo; y así se compaginó toda la historia divina con los seres que poblaron el Olimpo, el Merú y el Walhalla.

Entre los pueblos monoteístas, hebreos, persas y medos, los tiempos heróicos son más puros y moralmente humanos; por consiguiente ménos maravillosos y ménos favorables á la fantasía en las bellas artes. En el código hebreo no aparece el menor indicio de confusión entre las cosas humanas y las divinas, exceptuando la parte en donde se habla de la unión de los Ben Elohim con las hijas de los hombres en el período anti-diluviano, en el cual nacieron los gigantes; y los sagrados intérpretes hacen ver que realmente no existe tal confusión, ni aún en aquel fragmento de tradiciones anteriores. Al contrario, abundan en las Biblias las teofanías, manifestándose á los hombres muy á menudo la divinidad ó mensajeros de ella, para dar á conocer, ó una verdad ó la voluntad celeste; pero jamás se confunde la naturaleza divina con la física del hombre hasta la venida del Redentor, tipo real de la virtud y símbolo de la humanidad.

Tampoco figura en dicho código el espíritu maligno sino raras veces hasta despues de la esclavitud de Babilonia; y por el contrario predomina en el monoteísmo dualista de los persas y de los medos. Estos no nos han dejado historia propiamente dicha, sino relatos de viajeros, poemas nacionales y algunas reliquias artísticas, en las cuales se representa principalmente la lucha del bien y del mal, la necesidad de los padecimientos y de la expiación. Mucho despues el islamismo se mezcló con todo esto y alteró su primitiva fisonomía.

Los indios nos han legado riquísimas artes,

grandiosos poemas; pero tampoco tenemos de ellos ninguna historia. Su idea de la divinidad se enlazaba de tal modo con la de la humanidad, y aún con la de toda la naturaleza, que parece imposible que pudieran escribir la historia, esto es, separar las razones humanas de las divinas. Wilfort hizo grandes esfuerzos para coordinar con nuestras historias algunos nombres y épocas de los puranas, pero no logró más que demostrar su incertidumbre: los punditas ó doctores indios pretenden haber sacado de los poemas la serie de sus reyes; pero no presentan más que nombres sin pormenores ó con particularidades absurdas y discordantes.

Por el contrario, en la China falta la poesía y no queda mas que la historia positiva, sin tiempos heróicos. En un país en que el emperador todo lo representa y es soberano del cielo material, modelo estereotípico de todos los tiempos, no pueden darse edades heróicas, ni otros héroes mas que él; y la mitología principia en un rey que decreta el censo, la medición de los terrenos, la apertura de canales y la formación del catálogo de las estrellas.

La historia de los pueblos del Asia Media apenas principia á salir de las tinieblas; la de los tibetinos no alcanza mas allá del siglo VII; la de los mogoles no pasa del XII, y la de las más importantes naciones turcas se ha confundido con la de los árabes y ha tomado el matiz del Coran. El primer héroe histórico de los tibetinos, el rey Strongdsan Gambo, que propagó en su reino el buddismo, es tenido por emanación de la divinidad buddista, lo mismo que sus sucesores. También entre los mogoles, Gengis-Kan pasa por hijo de Cormusdas (¿Hormus?), señor del mundo material; sin embargo, tibetinos y mogoles conservan antiguos cantos heróicos, entre los cuales merece particular atención aquel que habla especialmente del tibetano Gesser Kan, hijo también de Cormusdas, y mencionado igualmente en los anales chinos.

Estos héroes preceden á la historia positiva de los pueblos, y parece creible que el desarrollo especial de su entendimiento los elevara efectivamente sobre sus contemporáneos, constituyéndolos en legisladores y bienhechores de sus naciones respectivas, tanto que, á pesar de los siglos trascurridos, su recuerdo se conserva todavía. El vulgo inculto entre quien vivían,

no sabiendo explicar su aparición en su seno, los consideró como entes superiores; y la poesía hizo mas maravillosa su aparición, rodeándola de la pompa de una rica fantasía.

Parece, pues, que en efecto existieron; y por más que la crítica rebaje su estatura para reducirlos á proporciones humanas, siempre merecen veneración como los primeros entre los hombres que esparcieron la idea de lo que es noble y generoso. La Historia, aún en el día, sería un cadáver si no la vivificase semejante idea, gracias á la memoria de estos seres elevados que domina toda su época.

A la verdad, los razonados y sensatos esfuerzos de erudición y de imaginación con que una escuela contemporánea quiso encontrar la historia bajo el velo de la mitología para ensanchar los límites de los tiempos históricos, no produjeron gran resultado, antes bien, una crítica severa se valió de ellos para pretender que debía relegarse á la mitología mucha parte de lo que se nos da por historia.

Esto no obstante, conviene estudiarlos, porque en aquellos héroes se trasluce la futura civilización y la indole de las naciones que han resistido al tiempo, á las conquistas y á los trastornos de cultura y de religión. Los chinos serán frios, positivos, acompañados como sus Yaos; Manes edifica á Menfis, canaliza el Nilo, abre algibes, y la eterna esclavitud de los Egipcios traspira en el culto prestado á los reyes y en los duros trabajos á que fueron sometidas generaciones enteras para erigir monumentos ó sepulcros. El Indio conservará siempre la vaga fantasía y los cálculos interminables sobre los cuales fundó los primitivos calpas; las expediciones de Odi, parecerán renovarse de vez en cuando en las emigraciones de los germanos; en la corte de Gengis-Kan y de Timur, se reproducirán las fiestas y los ejercicios de los primeros héroes; el esquimal no verá á los fundadores de su raza más que bajo la figura de cazadores de renos; la Grecia se aventurará siempre á guerras intestinas, á expediciones, á juegos, á cantos, á artes plásticas y gimnásticas, como Hércules, Prometeo, Orfeo, Jason; y el Vizáputzli mejicano personifica esa civilización llevada al Nuevo-Mundo y en nombre del cielo por pueblos remotos, que establecieron la superioridad de la casta sacerdotal. En las pri-

meras tradiciones del Asia Media, se descubre la naturaleza de los países más expuestos á las revoluciones; y aun en el día, como en los primitivos tiempos, la Persia y la India son presa dispuesta para el primer aventurero que se atreva á extender la mano hácia ellas.

Estas consideraciones generales nos darán luz entre las tinieblas de la antigüedad para conocer mejor la significación íntima de las historias particulares.

CAPÍTULO III

Primeras monarquías.

La tierra de Sennaar, con su torre y la más antigua monarquía, es el primer teatro de las sociedades políticas. Las historias más diversas convienen en señalar allí la existencia de un grande imperio; pero en cuanto á los sucesos particulares de éste, presentan una disparidad tal, que los eruditos, por más esfuerzos que han hecho, no han podido ponerlas en armonía.

Respecto de estos países, la Biblia indica solamente lo que concierne á los sucesos del pueblo hebreo. Herodoto se propuso escribir un tratado especial relativamente á los asiáticos, y por tanto, solo por incidencia habla de ellos en su historia. Ctesias de Gnido, médico de Ciro el joven, á quien Diodoro sigue paso á paso, y á quien Aristóteles juzga mentiroso é ignorante, pero que examinado ha parecido digno de más fé de la que se quiso concederle, llena la edad más antigua de fábulas orientales. Sincelo, Eusebio y Tolomeo, son tan modernos, que ciertamente no pueden dar grande apoyo á una aserción sobre puntos de historias tan remotas. Beroso, escritor caldeo, no nos ha sido conservado sino en fragmentos, los cuales se refieren especialmente á la metafísica y á la cosmogonía. Sin embargo, el reciente descubrimiento de los libros zendos ha proporcionado nuevos conocimientos, de los cuales procuraremos aprovecharnos.

La sagrada Escritura refiere que Nemrod, hijo de Cus, cazador violento, fundó un imperio en torno de Babilonia; Aranch, Achad y Calanne en la tierra de Sennaar, cerca de 327 años después del diluvio. Esta raza cusita, que los griegos llamaron etiópica, parece, pues, la

primera que se estableció en ciudades fortificadas, para después poder desde ellas caer sobre las tribus de los pastores, cazar hombres y fieras, y encerrarlos en el recinto de sus murallas. La misma posición de Babilonia la convirtió brevemente en centro del comercio, y la hizo por tanto poderosa y rica.

Nemrod, habiendo llegado á ser poderoso sobre la tierra, pasó á Asiria y edificó á Nínive, llamada así por el nombre de su hijo Nino, el cual por gratitud, quiso que muerto su padre se le tributasen honores divinos bajo el título de Belo.

El imperio de Nemrod fué dividido á su muerte, tocando á Nino la Asiria y á Evecoc la Babilonia.

Según los libros orientales parece que, en las inmediaciones del Indo, en las márgenes del Ario ó Ero ó del Oxo, se formó un antiguo imperio del Iran, que en breve se puso en contacto con los asirios, y quizá también con los egipcios. Formábanlo bactrianos, medos y persas, que hablaban el zend y sus dialectos, y que se llamaban en general arias, ó sea valientes. Según los escritos zendos, se separaron de los brahmanes cuando éstos descendieron por las montañas del Tibet á la península Indostánica. De su fraternidad con los indios son prueba el ser dialectos del sanscrito el zend y el pelvi, hablados por los arias, el poseer éstos, vedas ó libros sagrados como los brahmanes, y el hallarse también divididos en cuatro castas. Pero el culto de los arias se aproximaba más á la religión primitiva, pues no creían sino en un Dios autor del bien y otro autor del mal. La división de las castas era política, no religiosa; la teocracia no había usurpado la autoridad real, y el poder monárquico era entre ellos patriarcal; lo cual prueba que se dividieron de los brahmanes antes de que éstos ocupasen la India.

Su país, llamado Eriene, se extendía desde la derecha del Sind (Indo) hasta el Cáucaso, y desde el río Oxo al mar de las Indias, al golfo Pérsico y á la embocadura del Eufrates. Las tribus que lo habitaban, cada una de las cuales tenía sus magos ó sábios, sus guerreros, agricultores y mercaderes, andaban errantes; siendo la de los bactrianos ó palavos la primera que se estableció en moradas fijas, dominan-

do toda el Asia entre el Indo y el Eufrates. Bak, capital de los Bactrianos, fué fundada por Kájumarot, primer rey del Eriene en el sitio donde encontró á un hermano suyo, á quien no había visto hacia mucho tiempo. Esto quiere decir que dos tribus que se encontraron en el desierto fabricaron de comun acuerdo una ciudad, ó por mejor decir, un campamento estable en un sitio conveniente en las fronteras de la India y del Tibet.

Los sucesos de los reyes que se siguieron en el mando, simbolizan las aventuras de esta población, en cuanto pueden conocerse por relaciones en que todo procede por grupos, vacilándose entre la imaginación y la realidad, entre los hechos humanos y los naturales, entre la religión y la historia. Siguen pues los orientales refiriendo como Mardokente con muchas tribus árabes quitó la posesión de Babilonia á Quinzir, séptimo sucesor de Nemrod, y dominó en ella por espacio de doscientos cincuenta años. Aryasp, jefe de los Asures, otra tribu de los arias, atacó á Bak, auxiliado por Hadosa (Flor de mirto), mujer de un oficial de su ejército, que le facilitó la conquista de esta ciudad elevando ciertas señales, por lo cual se casó con ella y la llamó *Shem-Rami*, señal elevada.

Fácil es reconocer en Aryasp á Nino, que á la cabeza de un millon de guerreros llevó á cabo las expediciones maravillosas que refieren los historiadores clásicos, extendiendo su poder hasta el Egipto y la India; expediciones que si son verdaderas, deben considerarse, no ya como conquistas, sino como correrías semejantes á las de los árabes y los curdos. Este rey ensanchó á Nínive á orillas del Tigris, rodeándola de una muralla de cien pies de altura y coronándola de mil quinientas torres de doble elevación. El ámbito de esta ciudad era de cuatrocientos estadios, ó como se lee en el libro del profeta Jonás, de tres jornadas de camino.

Semíramis, su mujer, le sucedió, y por no ser ménos que su esposo reconstruyó á Babilonia, arrancada del poder de los sucesores del Mardokente.

Cuentan también que Semíramis fabricó otras muchas ciudades; en la Media hizo cortar el monte Bagistan de modo que las representase en un grupo rodeada de un centenar de guardias, y después se puso en marcha contra el

rey de las Indias con 3.000.000 de infantes, 500.000 caballos y 100.000 carros. Teniendo su ejército escasez de elefantes, mandó matar 300.000 bueyes y cubrir con sus pieles otros tantos camellos para que su aspecto engañase al enemigo. No le valió sin embargo, esta grosera astucia, y la conquistadora sucumbió ante el valor de un pueblo que defendía su patria. De regreso á sus reinos, deshonrada por su lascivia, murió á manos de Nínias, su hijo, á quien hasta entonces había tenido en rigurosa tutela.

Después de estas creaciones de la fantasía oriental, viene un vacío de ocho siglos, durante los cuales se sucedieron sin duda varias dinastías en el dominio de la Bactro-Asiria, hasta Sardan-Ful.

Solo la Biblia hace de los asirios un pueblo distinto, que extendió su denominación hasta la Siria y la Fenicia. Ful, precisamente en 753, invadió la Siria; Teglat-Falsar, en 726, destruyó el reino de Damasco; en 718, Salmanasar abatió al de Samaria y llevó los habitantes al interior del Asia; hácia el año 707, Senaquerib hizo la guerra á los judíos, y en su ejército fué exterminado, muriendo él mismo poco después á manos de sus hijos; y por último, viene Asaradon ó sea Sardanápalo.

El nombre de este príncipe indica proverbialmente un hombre encenagado en todo género de vicios, cuya voluptuosa impiedad está comprendida en aquella inscripción: *Pasajero, oye el consejo de Sardanápalo fundador de ciudades: bebe, goza, lo demás es nada.*

Entonces Arbaces, sátrapa de la Media, y Belesis, sátrapa de los Babilonios, se le rebelaron, y viéndose sitiado en su capital, por no sufrir la suerte desgraciada del vencido se arrojó á las llamas con sus riquezas y con las mujeres de su harem. Así llegó á ser la raza dominadora la medo-bactriana, que tenía por capital á Ecbatana. Según Herodoto la monarquía asiria duró 520 años.

Después, á esta raza medo-bactriana, sucedió la de los cadshim ó caldeos, pueblo semítico y sacerdotal que dominó sobre la raza guerrera en tiempo de Nabonasar, y al fin Kores (Ciro), hizo prevalecer la tribu de los pasargados; revoluciones y mudanzas de capital en aquel grande imperio asiático, que generalmente se consideraron como diversas sucesio-